

De mi biografía, capítulo del catequista

Jenny M. Argumero



Image not found.

Capítulo 1

Capitulo del catequista

Hoy, pude recordar muy claramente después de más de 30 años, la sonrisa que dejaba ver la encía superior totalmente sin dientes, mientras sus ojos se entrecerraban y las arrugas de su piel se hacían más visibles.

Su nombre era Luis, no puedo decir con certeza si alguna vez supe su apellido ó por el paso de tantos años lo olvide, paso mucho tiempo sin que viniera a mi mente su recuerdo, pero ahora que lo ha hecho y un sentimiento de cariño puro y alegría me inundan, quisiera plasmar la historia que compartimos, primero para nunca volverla a olvidar y segundo para que el mundo sepa que alguna vez existió una persona que con muy poco cambio el mundo.

Era la ciudad de Bogotá a principios de la década de los 80, el desplazamiento interno en el país estaba en una etapa crítica (algo que duro muchos años más) y los inescrupulosos se aprovechaban de la situación y de los sueños de los campesinos que venían a la ciudad por primera vez. Entre estos mi madre, nacida en una familia campesina de la hermosa tierra de Santander, que emigro a la ciudad a los 15 años.

Luego de trabajar en las casas de Bogotanos acomodados, de conocer a mi papá, de que mis hermanos y yo hubiésemos nacido, ahorrando y juntando lo que podía, pudo comprar un lote o terreno en el cual soñaba construir su hogar.

El lote estaba ubicado en un sector deprimido de los cerros sur-occidentales ó barrios de invasión como después los llamaron en la localidad de Ciudad Bolívar una de las más pobres de Bogotá incluso en la actualidad. Nuestra casa de ensueño iba a estar a 2.900 metros de altura, con una vista panorámica de toda la ciudad.

Yo tenía alrededor de 5 años y lo primero que recuerdo de este lote es ver un terreno dividido por cercas rudimentarias, de alambre de púas separando las propiedades, que en realidad eran pedazos de la montaña pues todo iba cuesta arriba. La tierra era de un color amarillento, con algo de ocre y se levantaba mucho polvo cuando corríamos.

Recuerdo a mi madre llevando un pesado rollo de "paroi" (un cartón color negro), por una escalera de 300 mts, y luego caminando 500 mts más, el paroi serviría de paredes una vez anclado a unas vigas de madera levantadas de forma vertical a manera de columnas. Y ese sería nuestro hogar por varios años.

Con todas las privaciones e incomodidades, lo que menos me gusto de esta época siempre fue la recolección de agua, todos los habitantes del barrio debíamos ir a una pila ó fuente, a unas tres cuadras de mi casa, a la que llegaba agua generalmente en las madrugadas, sin alumbrado público levantarse a las 3 de la mañana con galones, ollas, tarros y todo lo que pudiéramos llenar con el preciado líquido, para bañarnos y preparar a comida, (ya que para lavar la ropa teníamos que ir hasta una quebrada, más arriba de la montaña donde en esa época corría agua limpia y cristalina), haciendo fila y tratando de que todos tuviéramos al menos lo necesario. Esta tarea se hacía más difícil cuando llovía y el polvo se convertía en un verdadero lodazal, podía llegarme en esa época casi a las rodillas, y para quienes vivían más lejos era todavía más difícil.

Esa era nuestra rutina, que cambiaba únicamente los domingos de 10 a 11 para los niños. Hasta nuestro barrio, cada domingo llegaba un hombre, con un traje café con líneas beige que semejabán cuadros, chaleco, corbata, muy pulcro aunque ahora que lo pienso su traje ya tenía bastante uso. Nos esperaba sentado en un espacio árido, que de tanto sentarnos allí ya casi se veía la forma de una silla, nos esperaba para enseñarnos el catecismo, de los santos y a rezar, pero lo que me enseñó más profundamente a tener esperanza, la generosidad y el amor por el prójimo.

Me llevo bastante tiempo comprender que aquel hombre tan humilde, tenía que caminar cada domingo desde muy temprano, montaña arriba para llegar a nuestro barrio, que no importaba que, siempre tenía una sonrisa para nosotros, de las más sinceras que he llegado a conocer, que cada dulce que nos regalo fue de su generosidad, porque se notaba que no tenía mucho para sí mismo y aun así lo daba con alegría.

La primera vez que conocí un parque mecánico, fue gracias a él, que no sé cómo hizo para llevar como a 15 niños a las atracciones del parque Tunal, solo sé que fue un día increíble y muy feliz para mí.

Pasó algún tiempo, llego la época de la escuela y de repente el señor Luis no apareció más y los días las rutinas cambiaron y estos recuerdos quedaron en el olvido, nunca supe que paso con él, como termino sus días, si tenía familia, si nos recordaba, así como entro a mi vida un día desapareció y nunca tuve la oportunidad de agradecer lo que había hecho, tomarse el tiempo de hacerme sentir valiosa.

A pesar de las dificultades, la pobreza, las limitadas oportunidades, he tenido una vida feliz, con un montón de esfuerzo he cambiado algunas de mis circunstancias y las semillas que sembró mi catequista me han acompañado, no hay duda el tiempo que se invierte en alguien siempre da sus frutos.

Gracias Señor Luis.